AÑO VIII
—N.o 314.

EL DIA

Montevideo.
Enero 15 de 1939.



El crucero "Uruguay" en el puerto de Montevideo.

R. J. CARUSO
FOTO

VIAJE DE INSTRUCCION DEL "URUGUAY"



Aspirante del último curso de máquinas y electricidad, maniobrando las máquinas del Uruguay.



La Escuela Naval rinde honores al pabellón al ser izado en el puerto de Mar del Plata.



Clase de costuras marineras. Los alumnos repasando uno de los toldos, bajo la mirada del oficial instructor.

En estos días ha regresado al país el crucero "Uruguay", a cuyo bordo han realizado un viaje complementario de instrucción náutica los alumnos de la Escuela Naval, visitando algunos puertos de la Argentina y el Brasil, donde nuestros marinos han sido vivamente agasajados, recibiéndoseles con cálida simpatía.

Este curso práctico de instrucción marinera y profesional ha servido para hacer práctica aplicación de algunas facetas de la compleja enseñanza que se procura en la Escuela Naval, llevando a la realidad los conocimientos teóricos, adiestramiento de una gran eficacia complementaria, los que estructuran para los jóvenes marinos, tanto de guerra como mercantes, maquinistas y electricidad, un perfeccionamiento de los cursos realizados en las aulas, suficientemente dotadas de aparatos en los gabinetes de física y electricidad, laboratorios de química, y demás secciones, contándose entre ellas la destinada a torpedos explosivos, combustibles y lubricantes, con una bien dispuesta sala de máquinas, montada íntegramente por alumnos del 5º año del Cuerpo de Ingenieros de Máquina y Electricidad.

El plan de estudios establece la obligación de la prueba escrita, que acredita la asimilación de las enseñanzas procuradas, sistema que ha dado óptimo resultado, completándose los cursos con experiencias hechas a bordo del "Huracán", anexo a la Escuela Naval, para efectuar viajes quincenales a lo largo de nuestras costas del sur y litoral este y oeste.

Estas prácticas marítimas familiarizan al alumnado con la ruda y viril vida de a bordo, y de ello se ha tenido acabada experiencia en este viaje que acaba de realizar el crucero Uruguay, en el que conjuntamente con las prácticas de ejercicios marinos se han realizado actos de confraternidad en los países vecinos, renovándose los lazos de fraternidad que a ellos nos unen.

De ese reciente viaje son las notas gráficas que ilustran estas páginas.



Aspirantes trabajando en la central de tiro, cálculo de distancia, rumbo y velocidad del blanco.

Aspirantes del 4º curso, observando una altura meridiana.



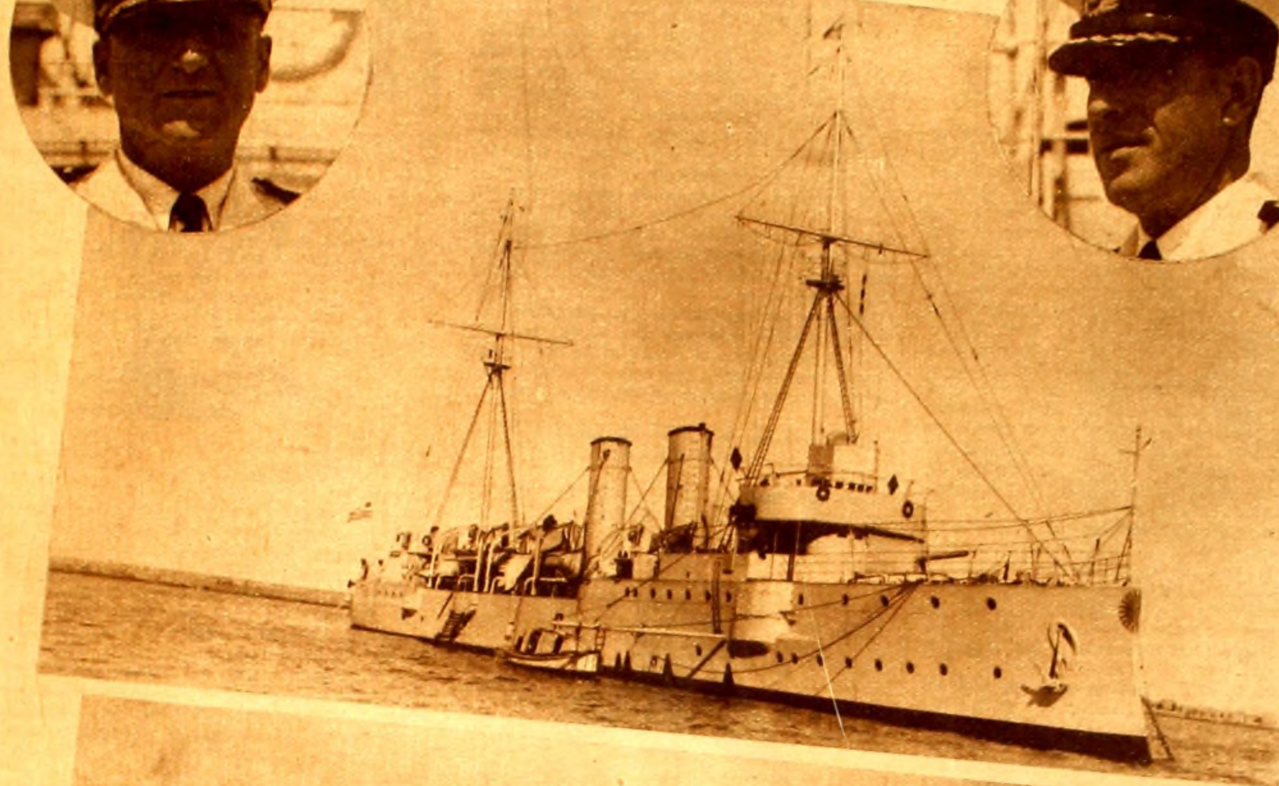
Ejercicios de señales a brazos, en las jarcias.

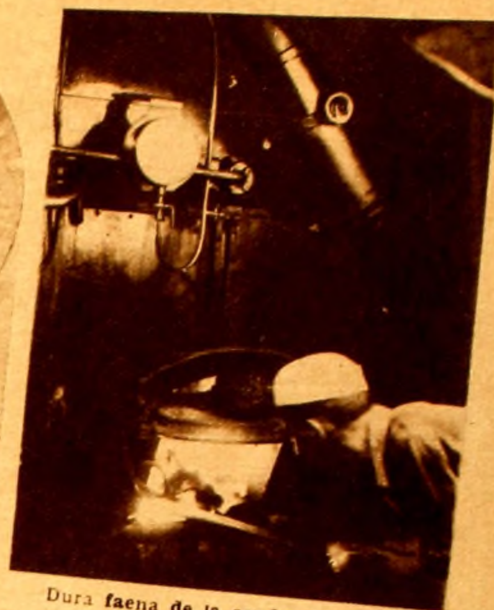


Capitán de Fragata Eduardo Nossei, comandante del Uruguay, con el director de la Escuela Naval, capitán de Fragata Alfredo Aguiar Carrasco.









Dura faena de la conducción de fuegos en las calderas del buque.



Un aspirante en la guardia de timón.



El Uruguay al entrar en el golfo de Santa Catalina, navegando con mar gruesa por la popa.



Alumnos liceales ejercitándose en tiros de fusil.



La Nochebuena a bordo, navegando en pleno Océano Atlántico. Director, oficiales y alumnos de la Escuela Naval, en su "hogar": el buque.

ASPECTOS DE LA CIUDAD

EVOLUCION DEL ALUMBRADO PUBLICO

(Para EL DIA)

VELAS. — FAROLES A GRASA DE POTRO

UN aviso que publicaba "El Observador Mercantil" del 14 de marzo de 1828 permite juzgar de que recursos podía disponer la población de Montevideo para el alumbrado hogareño. Por el sentido pintoresco conque aparece a nuestros ojos lo transcribimos integralmente, respetando la ortografía original.

"Fábrica de belas de sebo de molde de "Guerrero y Carrillo.— Esta fábrica ha si "do establecida en esta ciudad, en la calle "San Ramón Nº 68 (Reconquista) en donde "se surtirá a los SS. que quieran a pre-

"equitativos de las belas que necesiten "llevándoselas a su casa. Estas belas son "de calidad más superior en su jénero por "la tersura, solidez, blancura y esmero "conque están trabajadas, cada una de las "belas dura ocho horas sin correrse, son "de un pie inglés o sean quince pulgadas "procsimamente, su pabilo consta del mejor algodón, la luz es brillante sin otender "la vista, tanto que bajo de guardabrisas "parece estar al claro de la luna llena. "Los S.S. que quieran tratar alguna grande o pequeña partida para embarques u "otra remesa se les darán las belas sueltas, o bien, sean encajonadas, preparadas y también acondicionadas como las "extranjeras. En la fábrica se venden por "mayor y menor. Teniendo la bondad de "reconocer la firma de S. S. S. Guerrero "y Carrillo".

No todas las residencias del Montevideo de entonces podían complementar su iluminación con los quinqués de aceite. En las viviendas modestas y en ciertas dependencias de las casas de mayor rango, la luz humosa y vacilante de las velas constituía la única defensa contra las sombras de la noche.

En las calles, solitarias después del toque de queda, oíase sólo la voz de los serenos cantando sonoramente las horas con la frase tradicional: "Ave María Purísima: las diez han dado y sereno". Y penetrando de tanto en tano la pesada lobreguez del recinto amurallado, el pequeño círculo luminoso de los faroles a grasa de potro.

La provisión de combustible era escasa. Antes de las once la ciudad quedaba completamente a oscuras. Además la grasa al consumirse despedía una fetidez repugnante. Y para que el servicio de alumbrado resultara más insoportable a la población, de aquellos primitivos faroles era común que cayeran sobre alguno de los escasos transeuntes gruesas gotas de grasa.

Los vecinos comenzaron a sentirse incomodados. Exigían mejoras. El tono de sus protestas fué adquiriendo acritud y, obligado por las circunstancias, el Jefe Político hizo pública una nota que acababa de dirigir al concesionario de aquel servicio. Le manifestaba en ella que se notaba la falta de faroles en las calles de la capital y "que era muy poco durable la iluminación".

No debe haberse producido, sin embargo, ningún cambio fundamental.

Asediado por las firmes acusaciones que se le formulaban en "El Estandarte Nacional", el recaudador de ese impuesto decía en otro periódico d ela época: "Todos "saben la general resistencia que hay en "los inquilinos y propietarios para "satisfacer el alumbrado".

La había, y de tal magnitud que llegaron las cosas a extremos de violencia. Los pobladores se negaban a pagar. Fué necesario defender la integridad física del encargado de la cobranza y se encontró la solución disponiendo que acompañara a éste un representante de la fuerza pública.

Diversas iniciativas surgieron para mejorar el servicio y, como paso previo, se dictó un decreto aumentando el precio establecido hasta entonces. "Se autoriza al "P. E.—decía el Art. 1º —para percibir un "derecho de dos reales mensuales por cada casa y habitación independiente con "puerta a la calle, con destino al alumbrado público de esta capital".

Nada efectivo se hizo, no obstante el aumento, por remediar aquellas deficiencias. Creemos que ni siquiera se puso en práctica un cambio que "El Universal" de junio 26 de 1835 daba como posible: sustituir los faroles a grasa de potro por lámparas con dos velas cada una.

G A S

Fueron así corriendo lentos los años de la ciudad, sometida a las vicisitudes de un guerrear casi ininterrumpido. Finalizó el sitio de Montevideo y en Abril de 1852 se supo que "una compañía extranjera que "cuenta en su seno al ingeniero italiano "don Demetrio Isola — son palabras de "El Comercio del Plata" — ofrecía al gobierno alumbrar ciertas calles de la ciudad por medio del gas". Entrando en detalles agregaba el periódico: "Cada pico o "tubo dará una luz equivalente a la de "treinta velas despabiladas (las velas: ¡medida de toda luz!) y dos tubos costarán "tres pesos por mes manteniendo luz por "cuatro horas y media en verano y por "seis en invierno".

En compensación del monopolio que los proponentes solicitaban, iluminarían gratuitamente durante algún tiempo las actuales calles 25 de Mayo, Rincón, Zabala, Misiones, Treinta y Tres, Ituzaingó Juan Carlos Gómez, Bartolomé Mitre y Juncal.

En medio a la expectativa general, se realizó un ensayo de aquel nuevo sistema "en la botica calle del 25 de Mayo, del hábil profesor don Mario Isola".

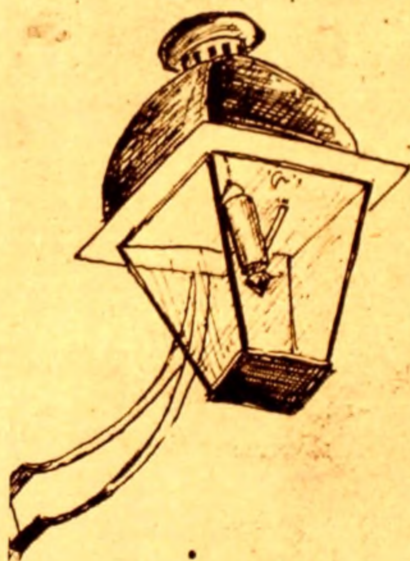
La demostración no pudo ser mas convincente. "Eran sólo dos tubos que dejaban "pasar el gas por unos pequeños agujeros "y era tal la claridad que derramaban "que no había en esa calle una tienda "más bien alumbrada, por más que algunas tuvieran tres o cuatro quinqués con "otros tantos mecheros cada una".

Se reunió en el primer momento un capital de diez y ocho mil pesos — que fué ampliado posteriormente — en setenta y dos acciones de doscientos cincuenta pesos cada una, nombrándose para la nueva empresa un directorio que componían los siguientes señores: Eduardo Acevedo, Avelino Sierra, Carlos Joanicó, Manuel Illa y Pedro Piñeyrúa.

Rápida realización tuvo la iniciativa. En julio de 1853, vísperas del motín que había de derrumbar el gobierno de Giró, quedaron iluminadas a gas catorce cuadras de las calles que antes se han mencionado.

SE CULPA AL GAS DE LA FIEBRE AMARILLA

No fué, empero, de muy larga duración el entusiasmo de los primeros momentos. En 1857 al producirse una epidemia de



Farol de aceite de potro.

fiebre amarilla, se afirmó en el ánimo de la población por quién sabe que extrañas deduciones, la certidumbre de que el gas tenía culpa principal en la propagación del mal.

Vano fué que la minoría culta tratase de disipar aquel absurdo. Inútil su empeño en batirse contra tan fantástica preocupación.

Los escapes de gas fomentan la fiebre amarilla, se aseguraba. Y fué de tal carácter, de tan inusitada violencia la reacción popular, que el servicio debió ser interrumpido.

Durante cuatro años o sea hasta 1861, volvió Montevideo a sus faroles coloniales.

En esa época un grupo de personas de significación encabezado por los señores Florentino Castellanos, Manuel Herrera y Obes, Ernesto Quinke, Jacinto Villegas y Juan Peñalba emprendió ardorosa campaña contra los que vinculaban el gas con la fiebre amarilla. La prensa secundó sus propósitos. Editoriales sesudos y sueltos irónicos desbrozaban el camino. "La Nación", por ejemplo, se expedía en estos términos: "Hace tiempo que la coqueta del Plata tie "ne un pésimo alumbrado que no alumbra, "de candiles y candilejas que en lugar de "luz derraman aceite, sebo y otras sus "tancias bituminosas". Mencionaba seguidamente las ventajas del interrumpido sistema de iluminación, agregando: "Un ae "rópago de drogueros falló en **illo tempore** que el gas era el Pegaso sobre el que "cabalgaba la fiebre amarilla. Los que no "quisieran morir nunca se asustan y ex-



Farol eléctrico de filamento carbónico



Vendedor de velas.

"claman: el gas es el caballo de batalla "de la muerte; ergo: vade retro".

La conjunción de esfuerzos encaminados a una misma finalidad terminó por preparar un ambiente favorable a la reanudación del servicio y en el mismo año 1861 los picos de gas volvieron a lucir en las calles de Montevideo.

Poco a poco la red fué extendiéndose en la ciudad y en los hogares, no sin librarse todavía algunas escaramuzas contra los últimos representantes de la tendencia que al oponerse al gas creía defender la salud pública.

Todavía quedaba a los montevideanos una sorpresa en cuanto a mejoras en la iluminación: el kerosene.

Exclamaciones de verdadero asombro produjo en el público y en la prensa la familiarización con este combustible y con las lámparas que alimentaba, desconocidos uno y las otras en el Río de la Plata.

En cuanto a la compañía del gas, tuvo contrastes en sus finanzas, cambió de firma alguna vez entrando a figurar en ella decisivamente el barón de Mauá, consolidándose después para ampliar enormemente sus servicios.

LUZ ELECTRICA

En 1886 se realizó el primer ensayo de alumbrado eléctrico. Utilizóse para ese fin una torre de cuarenta y siete metros de altura levantada en la Plaza Independencia con seis focos de 2000 bujías cada uno.

Puede comprenderse sin esfuerzo lo novedoso del espectáculo y la inmediata aceptación que la ciudad dispensaría al procedimiento que empezaba a vulgarizarse.



Farol a candil.

Esa torre debía adquirir celebridad también por otro motivo: fué en ella que amaneció izada una bandera roja, la famosa "banderita al tope" de Julio Herrera y Obes.

Lo demás, el monopolio de ese servicio, su enorme crecimiento, el ajuste magnífico de sus recursos técnicos, es el fruto de gobiernos de orden deseosos de llegar a la verdadera autonomía nacional.

En menos de cien años hemos visto renovarse en repetidas oportunidades nuestro sistema de alumbrado público, mejorando, perfeccionándose siempre.

¿Debe desecharse la profecía de quien ha dicho que, transcurrido otro siglo, el comentarista que relate nuestras cosas citará con asombro que lográbamos la luz atrificial por un medio tan primitivo como el de prvocar la incandescencia de un hilo elécrico?

Luis Mario ALLES.

EL ASILO DE ARTIGAS Y EL DICTADOR FRANCIA

Mario Antonio Laconich, intelectual paraguayo alejado en estos momentos de su país por razones políticas, y residente en Colonia del Sacramento, no ha menester presentación. Sus años de Montevideo, mientras estudiaba, le crearon aquí vínculos y relaciones que perduran.

Este trabajo, atinente a la expatriación de Artigas, tiene especial interés por estar asentado en documentos del Archivo de Asunción que, por muy escasamente conocidos, casi podrían creerse inéditos. Pertenecen al número de aquellos que en la inagotable cantera de los papeles viejos de la República Guaraní, han sido hallados y traídos a luz por el erudito paleógrafo paraguayo Don Doroteo Barreiro, figura venerable por sus años tanto como por su dedicación y su labor, fecunda y silenciosa, en el Archivo Nacional de Asunción. — N. de R.

"REDUCIDO Artigas a la última fatalidad" — se lee en un Oficio del Dictador Francia — "vino como fugitivo al paso de Itapúa y me hizo decir que le permitiese pasar el resto de sus días en algún rincón de la República, por verse perseguido aún de los suyos y que si no le concedía ese refugio iría a meterse en los montes. (1).

Conmovedora belleza la de estas líneas destinadas al comandante de un lejano fuerte, dictadas sin pretensiones literarias y que, sin embargo, retienen la esencia del dramático mensaje del Protector de los Pueblos Libres. Por estos trances de la vida pasan los forjadores de libertad!

Nada hay comparable por su grandeza al supremo instante en que los hacedores de Historia se abandonan a su propio destino; drama universal que tuvo en la cruz su más alta expresión: "Señor, hágase tu voluntad!".

La angustia del prócer proscripto no pasó por el alma del Dictador sin impregnarse de emoción en el papel, que recogió plenamente el acento más profundo de la noche más triste de Artigas.

Apartemos los detalles. El doctor Francia envió con toda premura un oficial y 20 húsares en busca del general desterrado y reducido a "la última fatalidad", quien llegó a Asunción con cuanto le quedaba: una chaqueta colorada, una alforja y el título que un amigo desleal no pudo quitarle con sus caudales: el de fundador de la nacionalidad uruguaya. En seguida de su arribo, la Suprema Orden verbal para que se le provea de todos los efectos "que puedan ser útiles para su decente vestuario" (2).

Las órdenes del Supremo se cumplían con puntualidad, como las leyes de la Naturaleza. En la extensa lista de los efectos que le fueron entregados figuran cortes de los casimires mas finos, piezas de Bretaña, de Francia, encajes ingleses, ligas de seda, coleta para un caballero de su distinción, vino de la tierra, vino Carlón, mistela sin omisión de ningún detalle. Baste saber que la lista arroja un total de 458 pesos, de los fuertes. (3). Conste que los pesos paraguayos de la época no eran los de hoy; gorda tenía que ser la vaca para que valiese dos pesos de aquellos...

Tendida la mano del doctor Francia, segura y firme como su carácter, nunca más hasta su muerte dejó de velar por la existencia de Artigas. En vano irán a arañar las fronteras paraguayas los perseguidores de su ilustre asilado. En la villa de San Isidro de Curuguaty, Artigas fué lo que fué toda su vida: el amigo de los pobres, compañero de los humildes, sin oropeles...

UNA FIERA QUE HUSMEA LAS HUELLAS DE SU VICTIMA

Poco tiempo después que Artigas encontrara refugio en el Paraguay, fué llegando a Asunción un emisario de Francisco Ramírez, el de Entre Ríos, con un pliego en que solicitaba del Dictador la entrega de la persona del desterrado. Un extracto de esa nota puede dar una medida de la reserva con que debe acogerse la propaganda de ciertos gobiernos contra sus adversarios:

"Ya el dominio del opresor de los pueblos libres terminó con su total ruina" — decía el pliego de Ramírez — "y la del grupo de miserables que lo seguían con la esperanza de conseguir un patrimonio como el que tenía formado en la Banda Oriental y Entre Ríos; todos ellos se hallan purgando sus crímenes que han cometido contra su Patria y conciudadanos, y pronto serán juzgados por el respetable Tribunal que al efecto se establecerá sin tardanza. Para este caso recuerdo a V. E. la necesidad que hay de la persona de Artigas para que responda en juicio público a las Provincias Federadas los cargos que justamente deben hacerle por suponérsele a él la causa, y origen de todos los males de la América del Sur; por estas poderosas razones, y otras que omito, espero que V. E. me remita a dicho Artigas, pues tengo noticias muy fundadas como verá V. E. por el parte original que adjunto de haberse refugiado o hallarse preso en esa de su mando" (4).

Cuántas **ventajas, especialmente "comerciales"**, no ofrecía Ramírez a cambio de la persona de Artigas! Pero el Dictador paraguayo no era hombre a quien se pudiese comprar con asuntos "comerciales", ni con todo el oro de la tierra. No era abogado de empresas extranjeras... Su contestación fué poner preso al conductor del pliego y enviar tropas a la frontera, por si acaso el perseguidor de su asilado insistiese con las armas en "sus poderosas razones". Y así fué como Artigas continuó viviendo apaciblemente en su refugio para comparecer ante otro Tribunal, un tantico más imparcial que el "respetable" que se proponían formarle sus enemigos: el Tribunal de la Historia. Cuánto va el fallo de éste del libelo acusatorio que reclamaba su persona "por suponérsele a él la causa y el origen de todos los males de la América del Sud"!

La gratitud de Artigas quedó imborrable en una carta que escribió al doctor Francia. "No miro ya otro objeto de felicidad" —expresa el Prócer — "en quien depositar mis esperanzas sino en la suprema mano de V. E., favorecedora y asilo de mi conservación y libertad". (5).



LAS RAZONES OMITIDAS EN EL PLIEGO DE RAMIREZ

El doctor Francia guardó, como hemos dicho, el oficio de Ramírez sin darle otra respuesta que la de los hechos. Conocía muy bien las otras razones "que omito". El juicio que tenía formado de ellas es tajante como el filo de la espada de la justicia misma:

"El hecho de aquel pérfido intrusado ahora en la otra banda (del Paraná) es manifiestamente infame, y que reprobará todo el mundo imparcial". (Comunicación al Comandante del Fuerte de Borbón).

En la versión que el Dictador hizo de ese hecho "manifiestamente infame", fué tan duro con Ramírez como éste lo había sido con Artigas en su mencionado pliego. Héla aquí:

"Lo que pasa en cuanto a Artigas es que éste en su último combate con los portugueses en el Tacuarembó quedó muy derrotado. Viendo esto uno de sus comandantes, a saber, el Porteño Ramírez, a quien de pobre peón que era, él lo había levantado y hecho gente, y en cuyo poder, no habiéndole acompañado a aquella guerra, había dejado a guardar más de cincuenta mil pesos en oro: se le alzó con estos dineros y con ellos mismos sublevó y aumentó algunas tropas y gente armada con que había quedado; y así derrotó también a Artigas, cuando éste quiso someterlo con la poca fuerza que tenía, y lo persiguió de muerte, para quedarse él solo con sus caudales y con el mando de la otra banda". (Comunicación al Comandante del Fuerte de Borbón).

A buen puerto había llegado, pues, el pedido de extradición...



INQUIETUD DE LOS PORTUGUESES

Hasta la sombra del gran caudillo oriental seguía inquietando a sus enemigos; en la Banda Oriental había un pueblo que le adoraba, una fuerza que podía moverse con su prestigio. Los portugueses insinuaban su desagrado por la hospitalidad brindada al desterrado, pero sin llegar nunca a la osada reclamación de Ramírez. "Los portugueses sin duda se habrán alegrado de la ruina de Artigas — escribe Francia. — Ellos también han tenido sus inteligencias con el Bandido Ramírez, quien tal vez los habrá metido en aprehensiones por haberse refugiado Artigas en el Paraguay".

He aquí cómo, con qué grandeza de alma, el Dictador desarmaba esas "aprehensiones":

"Se podría preguntar a los portugueses; si agradaría a un general portugués, el que en algún suceso adverso que tuviese en la guerra, se le alzase con sus caudales y restos de tropas y armas algunos de sus oficiales subordinados, y apoderándose de su mando, tirase a perseguirlo de muerte para que no pudiese hablar". (Instrucciones para el Comandante del Fuerte de Borbón).

Bien puede cerrarse todo lo referente al asilo de Artigas en el Paraguay con este marco de oro: "Era un acto no sólo de humanidad sino aún honroso para la República el conceder un asilo a un jefe desgraciado que se entregaba". Palabras que enaltecerán siempre al doctor José Gaspar de Francia, cuya personalidad ha sido reivindicada por la Revolución del 17 de febrero de 1936, declarándolo "Benemérito de la Patria".

No sería justo cerrar estos comentarios sin mencionar expresamente que en la tierra de Artigas los paraguayos desterrados encontraron y encuentran invariablemente la hospitalidad del asilo que amparó al Prócer Oriental contra las persecuciones de sus adversarios. Desgraciadamente, de otras tierras no podemos decir lo mismo. Por eso la amistad de estos dos pueblos— Paraguay y Uruguay— es y seguirá siendo tan fuerte, tan ejemplarmente fraternal, por estar libre de las inseguras alternativas de la política interna.

Marco Antonio LACONICH.

(1)—Oficio del 12 de mayo de 1821 al Comandante del Fuerte del Borbón. Archivo Nacional de Asunción. Vol. 4 — Nº 15 fol. 116.

(2)—Archivo Nacional de sunción. Carpeta Nc 2 Doc. 117.

(3)—Archivo Nacional de Asunción. Carpeta Nº 2 Doc. 117.

(4)—Oficio del 22 de setiembre de 1820. Archivo Nacional de Asunción. Vol. 83 Nº 1.

(5)—Su fecha, diciembre 27 de 1820. Archivo Nacional de Asunción. Vol. 62 Nc 1 2

CERRO DE LAS CUENTAS

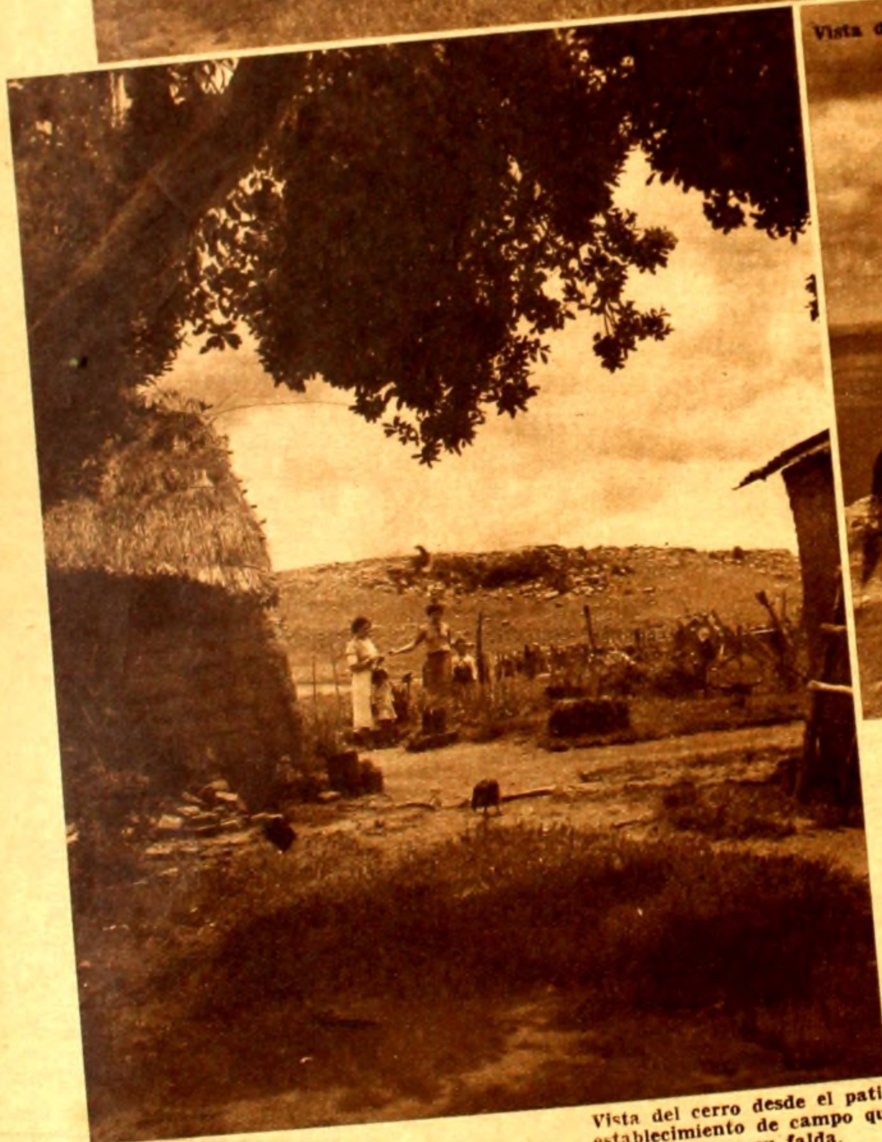
ASPERO y pedregoso en su ascensión, este Cerro de las Cuentas se alza en medio de las colinas que forman cuenca al arroyo Quebracho, en el departamento de Cerro Largo, excediendo unos 80 metros en altura a todos los montículos que la rodean, apareciendo solitario, como un cono truncado, con una cima plana de más de 400 metros de extensión. En esta cima se encuentran, a poco arañar con una pala, cuentas de vidrio de todo color, pequeños avalorios horadados en su centro, como para haber servido de collares, lo que ha hecho suponer que en la cima de este cerro se enterraba a los caciques indígenas y entidades de más valer de las tribus que hasta mediados del siglo XVIII erraban por estas regiones, "comerciando con algunos audaces colonos de la entonces poderosa España", al decir de Araújo. De esta circunstancia le proviene el nombre, indudablemente. El cerro en sí no ofrece mayor particularidad que la de sus laderas sumamente pedregosas, entre las que surge un manantial, nota de frescura y sosiego para la fatiga del ascensionista, que agradece esa agua llímpida y fresca brindada a la mitad del camino. Pero desde la cima se advierte un maravilloso panorama en que la nota más atrayente está constituida por la rica coloración de la llanura, el Cerro Largo, que se avista claro pese a los 60 kilómetros de distancia, y las serranías de Aceguá, perfectamente visibles, pese a sus 90 kilómetros de separación. Tal es la altura de este cerro, que circunda una cañada profunda, y a cuyo pie un establecimiento de campo decora y anima lo áspero de sus laderas.



Vista general del Cerro de las Cuentas.



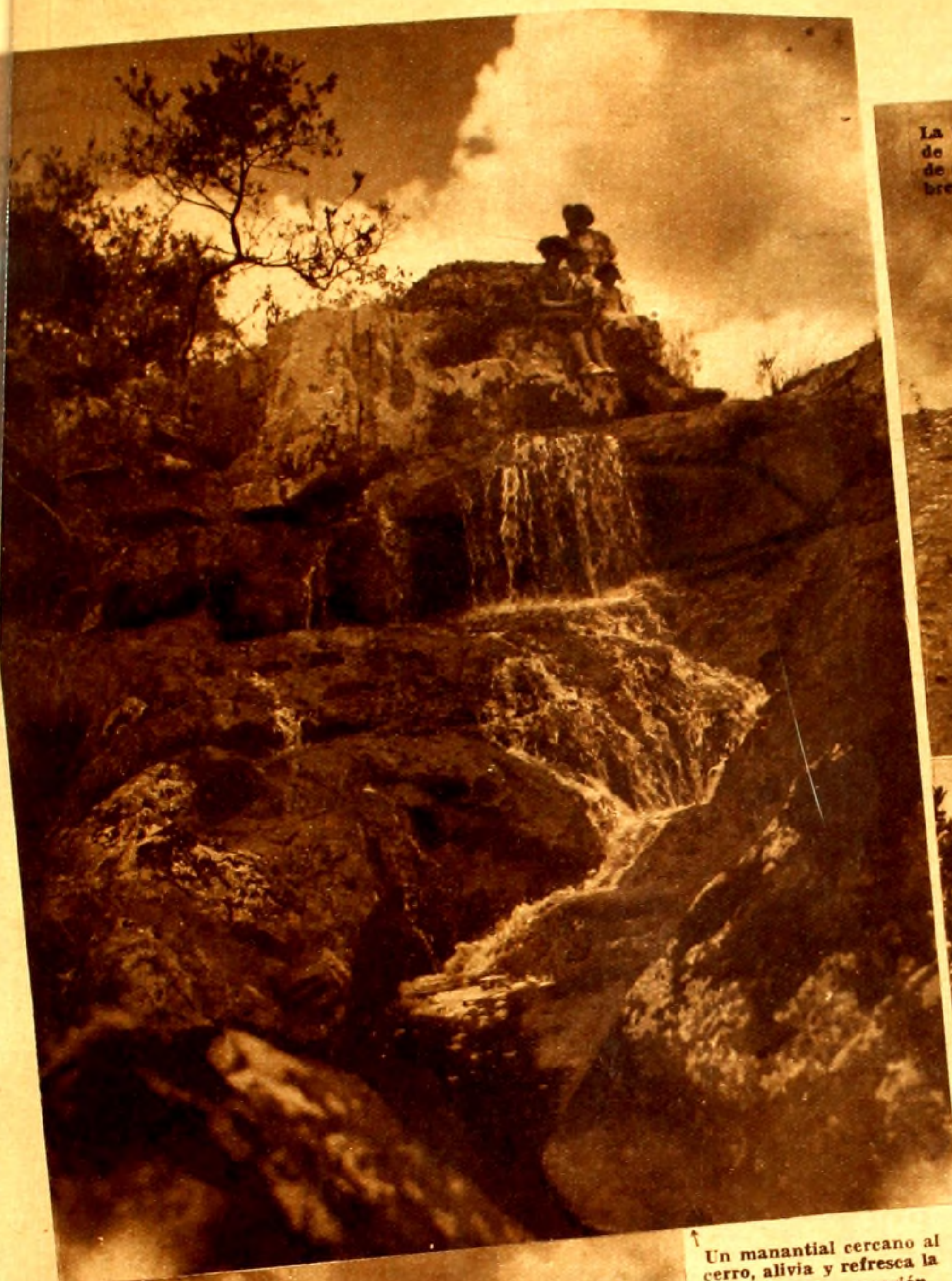
Vista del valle, estribaciones de las sierras de Aceguá.



Vista del cerro desde el patio de un establecimiento de campo que existe en su falda.



Desde la cima del cerro se advierte una extensísima llanura, permitiendo divisar la lejana sierra de Aceguá.



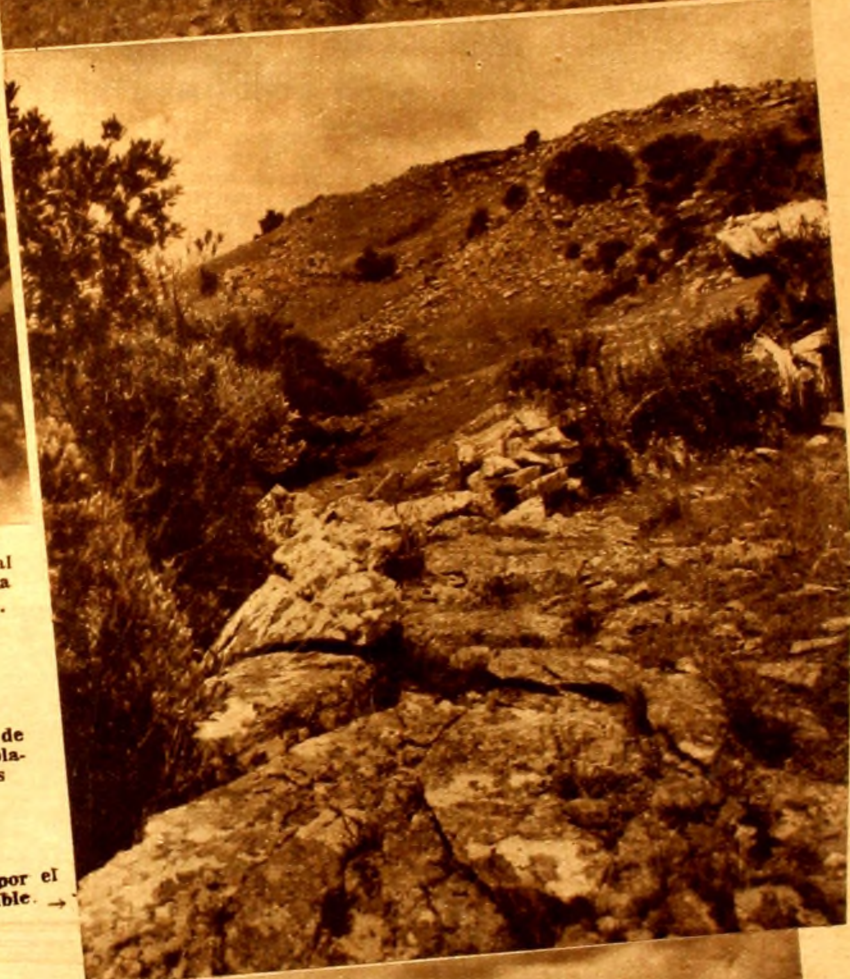
Un manantial cercano al cerro, alivia y refresca la aspereza de la ascensión.



La pedregosa cima, en la que a poco de escarbar se encuentran avalorios de colores de donde le deriva el nombre al Cerro de las Cuentas.



Un establecimiento de campo, es la única población del Cerro de las Cuentas.



Ladera del cerro, por el único sitio accesible.



La pedregosa ladera de difícil ascensión.



Una profunda cañada, de tupidas espadañas, alivia en una de las laderas el aspecto pedregoso del cerro.



Realidad.



"...Charles Walch est célebre. C'est-a-dire que des peintres aussi divers que Bonnard, Marquet et Gromaire se gardent bien de le confondre avec les habiles kleptomanes, ses confréres, qui font les poches de leurs aînés en invoquant leur inquiétude. Quelle que soit 'evolution de Charles Walch, il est, des maintenant, l'homme d'une oeuvre magnifique de toute facon personnelle, qui prouve avec autorité la coninuité de la peinture francaise..."

George BESSON"

Paisaje de nieve.

CHARLES WALC

EN 1931, después de muchos años de visitar exposiciones vi por vez primera las telas de Walch en el Salón de los Independientes. Unos meses después, en el Salón de Otoño las obras de Walch llamaron poderosamente mi atención. Desde aquella fecha, la contemplación de lo que este artista produce y expone constituye para mi espíritu una sorpresa siempre renovada, un aliciente a la admiración, un reposo, un oasis en la marcha fatigosa e interminable a través de las salas, a lo largo de los corredores, del Grand Palais.

Inútil decir que no he dejado de visitar la exposición de conjunto hecha por este artista a principios de este año en la galería Billiet y que, lleno de entusiasmo y de emoción, acudí a la invitación hecha por la Municipalidad de París, para la inauguración de la **"Exposición del Trigésimo grupo de los artistas de este tiempo"** en el Petit Palais".

Ahí tiene Walch una sala entera, un conjunto armónico interesantísimo, el punto culminante de esta exposición.

Mi inclinación por la tendencia, la manera, el estilo, la forma, la expresión de Walch, ha ido tomando en mí ya un aspecto definitivo. El trato con el artista ha contribuído a acercarme a su obra; porque saliendo de lo ordinario no es palabrero ni pretensioso, es sencillo y campechano, es un hombre tranquilo sin gestos, sin retórica, lleno sola-mente de la inquietud del trabajo, fuera de su centro cuando está lejos de casa, de taller, de su calle, de su gestación constante. Produce desde que se levanta hasta que se acuesta. Pinta por la mañana infatigablemente, y por la tarde, para reposar de la lucha con los pinceles y el color, talla la piedra en busca de la luz en las formas palpables. Todo un programa de silencio en la producción. Un diálogo sostenido de la mañana a la noche en el arcano del



Disentimiento, pintura adquirida por el Estado francés.



Desnudo, escultura.



Paisaje de nieve.



Composición.



H, pintor y escultor

ller entre él y la tela, y los colores, y los marcos que encierran la obra, y el papel y la piedra, y... sobre todo consigo mismo... para discutir sus propias impresiones y tamizar la expresión.

Nada de camarillas ni de discusiones de arte, cosa que afortunadamente está pasando de moda, ni ruedas de café, ni poses de genio ni rebuscadas extravagancias para fomentar y alimentar la admiración bobalicona dedicada al consumo exterior.

Walch vive exclusivamente para su obra y en su obra.

No puede dejar de ser curioso el explicar el procedimiento que emplea, porque Walch es un caso, un caso aparte, y su procedimiento difiere en todo de los demás procedimientos.

Veamos cómo.

Toma la tela y le pone colores, colores que va equilibrando en masas armónicas, de manera que el cuadro tomado en cualquier sentido tenga un mismo valor plástico y luminoso. Es como si estuviera produciendo una

Eso, en realidad, constituye la fase más importante materia llena de luz, o como si amasara luz para



lizar su materia creadora.

de su labor: labor sumamente laboriosa, puesto que su obra se basa toda en el color, vertido a chorros, diseminado sobre toda la superficie de la tela que así despierta de su letargo de blancura. La materia plástica va amasándose a copia de trabajo hasta obtener, hasta llegar a conseguir una plasticidad, una luminosidad, un jugo, una riqueza, una exuberancia que ritmen con la tonalidad de su espíritu en el momento de la creación.

Así, pinta que pinta, llena telas y telas sin ningún propósito de anécdota, sin ningún límite premeditado, con la generosidad con que el capullo revienta para ofrecer a los ojos el esplendor maravilloso del color, sin la idea material de darnos una flor.

Cuando la tela ha tomado la calidad indispensable, propia, equilibrada en sus cuatro sentidos (quiero decir, en cualquiera de los cuatro sentidos — 2 verticales y 2 horizontales, en que puede ser contemplada), cuando vibra, hasta el punto de parecer algo tan indefinido como la naturaleza misma, que vive en nosotros por su fuerza de misterio, el "asunto" germinará espontáneamente.

Unas líneas en un sentido, conducidas por el mismo color que quiere darse ya, que se entrega al contacto de los ojos, y siente la necesidad de ser descifrado, se delimita, marca senderos para guiar los pasos materiales de los ojos, delimita terrenos, marca horizontes, separa, graba, explica, tal la vida misma surgiendo al calor del sol.

Y aparece el cuadro. Este es lo que el cuadro mismo ha querido ser: primero una fiesta de luz, un torbellino, una lasitud después separando, aclarando más bien las cosas. En todo caso algo que tiene todas las cualidades de la misma realidad, extrañamente tal vez, pero no menos real por eso sino más verdad aún por ello mismo.

Las líneas de Walch no son, es claro, las del dibujo clásico (?) del pintor aplicado que persigue los contornos de un modelo, no son las mismas ni pueden serlo porque el sistema es distinto, porque el punto de partida es opuesto. El "buen alumno" de l'Ecole de Beaux Arts ejecuta (?) sus trabajos, trabajosamente, pero con cierta premeditación, premeditación de la que se vanagloria, escoje sus modelos de acuerdo con los "cánones" de la belleza "académica" que es una belleza especial y limitadísima y delinea primero pacientemente, concienzudamente, un contorno que tiene que servir de límite a una superficie que después habrá de ser rellenada de colores, "colores" en el sentido material de la química.

En las obras de Walch las figuran toman un aspecto primitivo, bárbaro quizá, arcaico dicen algunos caricaturesco, afirman otros. Es decir un aspecto evidente de la realidad misma, en toda la extensión de la palabra; porque la vida tiene algo o mucho de todo esto y la naturaleza no se inmuta cuando crea monstruos, ni se cansa de producirlos, ni los llama tales, ni se enmienda, ni tampoco se alaba al darnos lo que nosotros hemos convenido en llamar perfecciones, sin detenernos a pensar que nada es más vano que ese de "perfecto", "eterno", "bello", feo, y que todo contribuye a la armonía universal: aparte de la discusión de los valores; que el contraste es indispensable, que la diversidad conduce a la reflexión y encauza el pensamiento, que los negros tienen una apreciación diferente de la nuestra; que cada cual pone sus aspiraciones en una idea de dios enteramente distinta, y que este dios de cada cual, modelo de virtudes y espejo de perfecciones se presenta distintamente en cada religión y aún en la mente de cada individuo hasta dentro de cada una de todas las religiones.

La obra de Walch tiene así lo esencial de la vida misma: primero ese color suyo, personal, admirable que constituye la materia luminosa por excelencia y, en seguida lo que germina en esa materia para definirse en explicaciones a nuestros ojos ciegos, a la ignorancia de la vista que necesita de formas más o menos conocidas, de jeroglíficos aceptados, de alfabetos adoptados, para establecer clasificaciones, para etiquetar, para definir un gesto de la vida misteriosa, para leer algo, de acuerdo con nuestra propia imagen.

Si las formas que se advierten en la obra de Walch fueran idénticas a las que estamos acostumbrados a ver en los cuadros de los museos no tendrían la misma razón de ser que en aquellos cuadros ni en éstos, porque cada cosa merece una explicación especial para que sea clara aunque ahora no nos parezca sino oscura. En los cuadros que para entendernos mejor dentro del límite de nuestras entendederas actuales, podemos seguir llamando clásicos, sin advertir claramente el verdadero sentido de esta palabra, que a veces sólo quiere decir "forma generalizada", las cosas aparecen organizadas de acuerdo con las disposiciones y reglamentos sociales, con arreglo a las ceremonias y los ritos de cada época, ceremonias y ritos que se parecen mucho a través de todas las épocas, debido a un mandato, a una ley inexorable que raras veces se ha dejado de acatar.

En Walch las cosas se presentan de otra manera y se resuelven de un modo más conforme con la lógica y espontaneidad de la vida, y no como la vemos en la pretendida y aceptada "figuración" de esa vida no diré de los clásicos sino de los "académicos". Las plantas, los árboles, los animales, las figuras de individuos y la imagen de los objetos viven una vida propia de todos juntos en función de la expresión plástica. La luz se encarga de precisar los contornos, sacando del caos de las sombras las masas que van adquiriendo un relieve bañándose en la luz, despertando en ella, sin alejarse de ella, ni despegarse del caos sombrío de donde procede. Porque la vida despierta en las obras de Walch pero no se aparta de la vida.

*

¿Y la escultura?

Un proceso al revés. Tomada para llevar al espíritu el reposo del color; tomada como un ejercicio físico, como una especie de lucha con una materia existente, la materia piedra, en contra de la producción de una materia luz a fuerza de color, Walch va en busca de formas simples de expresiones casi abstractas, para encontrar superficies de luz.

Lo demás es lo mismo.

Es una expresión artística espontánea, llena de realidad, simple, abierta a la vida, personal, suya.

J. SABARTES

París, 1º de mayo, 1938.



Escultura en piedra talla directa.



Escultura en piedra, talla directa.



Escultura en piedra, talla directa.



LOTO DEL ORIENTE

DE "JUANCITO PABLO GIANOLA ACOSTA Y LARA".

NOBLE creación, noble y exótica como su título, como su médula, como el alma que mueve el espíritu iluminado.

Los "jóvenes" generalmente escriben poemas de emoción, traducen las impresiones subjetivas de un dolor que se adelanta, de una alegría precoz. Y con ello, el alma inicial sustituye la falta de mundo sensible, que una vida de pocos años, no ha permitido aún extender las alas. Y mientras todos, hieren primero la cuerda pasional que vibra con una sugestión íntima, este poeta que aún tiene liviana la mano para llamar al gran portal de la vida, nos da un poema solemne, de parnasiana orfebrería y objetividad impresionista. Es muy serio el estro que sustrajo a la flor de leyenda los misterios del lago en que se mece; es mucho el saber que se pasea por los lares de Cleopatra y cita el gesto de la Esfinge; mientras el Nilo, las náyades, los faunos y las divinidades del Oriente, hacen marco al espejo florecido de lotos y agitado de peces de colores.

La serenidad de este espíritu niño, capaz de alejarse de las sugestiones inmediatas, que abruman y esterilizan a los otros, para abismarse en lejanías que purificó el ritmo del tiempo y el prisma del arte, es más que riente promesa; es: realidad actual, que necesita el toque de luz de una confirmación vocacional; entonces, este Juancito de la hora que corre, será Don Juan Pablo Gianola Acosta y Lara, bajo el signo permanente de Cronos.

Enero 1c de 1939.

Carlos T. GAMBA.

EL POEMA SOLEMNE

Dime, loto, la historia de tu vida.
La historia de este lago
en que, sobre un disco de esmeralda,
se abren tus pétalos al amanecer.

Cuéntame de los días de calma
en que el cielo parece de un azul zafiro,
en que el disco de fuego,
marchita tus pétalos de porcelana y raso.

¡Dime, cuéntame la historia
del espejo en que te miras,
cuna de algas, pececillos de colores
que nadan con gracia indefinida
entre los cónicos remolinos de la fuente!

El loto respondióme
con su voz de cristal:
Soy del Oriente,
mi cuna fué el Nilo.
Mis pétalos se inclinaban
al paso de Cleopatra.
Testigo de mi vida
es la añosa Esfinge.
La arena y el papiro
viéronme mecerme
sobre las aguas quietas.

Al caer de la tarde
recojíame
en plácido y dulce sueño,
¡Un día arrebatáronme
del regazo de mi madre, el Nilo!

Cuento hoy mi historia
a los faunos del bosque,
a los náyades de la fuente
y a los dioses de Oriente...
Desplegando sus pétalos,
hundióse para siempre
en las verdes
y adormecidas aguas.

LOTO: ¡Tienes los perfumes del Oriente y
la belleza de una perla
que adornaba las pirámides de Ghizeh!
¡Eres como una gasa cuajada de diamantes,
gasa en que se envuelve la vida de Cleopatra!

Juan Pablo Gianola Acosta y Lara.

DIBUJO DE VERNAZZA

CINE

Películas del Cine Metro



"RAJO EL CIELO DE CUBA" que exhibe el Cine Metro desde el viernes 13 con Lawrence Tibbett, Lupe Velez, Jimmy Durante, Karen Morley y otros.



"TRES MUERTOS VIVOS" , interesante y curiosa historia de tres muertos que en realidad viven y gozan de perfecta salud. Se estrena el martes 17 y son sus protagonistas Richard Arlen, Cecilia Parker y otros.





EL CONFIDENTE

POR AUGUSTO MARIO DELFINO

NO en la sala grande, sobre la esquina, que miraba a dos calles y en cuya ochava un balcón de invierno escondíase detrás de cortinados densos, de felpa; no en esa habitación de sillones y sillas y sofaes cubiertos por fundas blancas, y en donde los regalos de bodas señalaban el número de amistades y hacían imposible no ya un estilo, un gusto; no es ese recinto vedado para los niños y al que los niños temían por su sombra y porque el paso más leve arrancaba de los candelabros del piano el tintineo que suena en los platillos de la pandereta de la Muerte, cuando la Muerte baila en los patios, por la noche; no, allí no estaba el confidente.

El confidente había sido puesto en el centro de un cuarto pequeño. Era un confidente de raso dorado. La ese que escribía — una mayúscula de tipo romano antiguo — hacía las veces de inicial de "sueño". Todos lo respetaban en la casa, hasta los niños que, en sus travesuras, llegaban a esconderse dentro de los roperos Luis XV. Lo respetaba el padre de los niños, el esposo de la dueña del confidente.

En el confidente no se sentaba nadie más que ella, con lo cual siempre faltaba alguien. Evangelina sentíase, empero, acompañada. Por las tardes, cuando la luz ya no la hería, cuando la claridad se iba de los muros de enfrente y era posible, entonces, mirar el cielo azul pizarra y, más lejos, retazos de horizonte con los últimos colores del crepúsculo, ella, ataviada con un "negligé" vaporoso o con un traje de encajes por entre los que corrían cintas de terciopelo, buscaba no la postura más cómoda sino la más suave; no la más feliz: la más graciosa.

A su derecha quedaba el asiento vacío; al frente, colgado en la pared mas simulando apoyarse en una mesa angosta, de caoba y mármol, un espejo en el que aparecía la araña de caireles y el rostro de Evangelina. Desde el confidente, ella no podía ver ese canapé favorito como lo habrá sido un paje, como lo es un perro.

Evangelina estiraba los brazos, apoyaba las manos en el raso dorado, las manos empalidecidas por la noche que comenzaba en los ángulos bajos del cuarto. A ratos dejaba colocar la diestra para el lado del asiento vacío; era entonces cuando sus párpados caían, cuando el cabello rubio se hacía más esponjoso, cuando el escote abríase un poco más, un poco, hasta descubrir apenas el nacimiento del seno. En ese instante ninguna imagen entraba en el sueño de Evangelina, ni la suya propia. Y cuando Evangelina, reabiertos los ojos, simulaba, aunque en silencio, el asombro menudo de las mujeres que se han desvanecido sin llegar al desmayo, dábase a contemplar la pared, donde rosas rojas sobre un fondo crema la aguardaban con sus perfiles de hombres y de monstruos. De pronto, al encontrase con su cara en el espejo, sonreía.

La puerta del balcón hallábase entreabierta. Llegaba, apagada, una afinación de violines. Y eran la noche y la hora. Evangelina poníase de pie e iba a situarse entre las persianas. En la esquina, a la luz del arco voltaico, los músicos alemanes, de trajes azules, lustrosos, tocados con gorras de marinos que enseñaban una lira en el sitio del ancla, habían colocado sus atriles. Empezaba el concierto. Evangelina no escuchaba el tango "El choclo", con el que los profesores se ganaban la buena voluntad de las gentes del barrio. Ella aguardaba la "Serenata", de Schubert, tras la cual arrojaba a la calle una moneda de veinte centésimos, como una lágrima de plata.

Los paseos le daban jaqueca y disgustos. Aclimatada en su casa, sin otra salida que ese asomarse al balcón, a la hora de Schubert; el aire libre le hacía arder las sienes. Los disgustos quedaban ocultos para los otros, igual que un dolor físico. Yendo con su marido y los pequeños — lentamente el esposo y ella; a saltos, a carreras breves y agitadas los niños — la ofendían, de pronto, una escoba hecha con un palo y un haz de ramas finas y flexibles, una carretilla que desbordaba hojas amarillentas y encarnadas, guardadas en el interior del castillo del parque Urbano; la ofendían los jóvenes de "canottiers" de paja — copas altas, alas anchas — que remaban en mangas de camisa, por el lago, entre el silencioso nadar de los cisnes; la ofendía, junto al río, en la playa Ramírez, el quiosco que imitaba una botella de leche recubierta de mimbre y hubiera preferido que no estuviese la fortaleza en la cumbre del cerro de la bahía.

Domingos y días de fiesta resignábase a esos paseos, a los cuales iba sin un nuevo ardor en la sangre, sin una curiosidad distinta en las pupilas. ¿Qué le importaba aparecer bella en los retratos que revelaban un minuto después de la pose los fotógrafos ambulantes, si en ellos los trajes de franela y las botas claras, los mitones estrechos y la sombrilla la alejaban tanto de la mujer íntima, crepusculas, desvaída, que cerraba los ojos en el confidente, que sonreía al abrirlos de nuevo y encontrar su cara en el espejo? Y, sin embargo, el marido la creía feliz porque él estaba satisfecho y los hijos la creían feliz porque ellos corrían para mirarla a la distancia, hermosa en la luminosidad de sus trajes, en la levedad de la sombrilla.

El marido, los hijos; hasta la hija, la Evangelina de ocho años que le copiaba la infancia, no bastaban para hacerle recordar luego esas horas, que más tarde se quitaba en el dormitorio, junto con el vestido.

De vuelta del paseo, nadie comía en la casa; los niños, a causa de los chocolatines numerosos, incontrolables, concluían la jornada con dolor de estómago; ella tenía prisa en acostarse, en huir; el esposo sentíase solo en la mesa desierta. Flor de María, la vieja servidora, hundía con fastidio el cucharón en las ollas y esa noche los platos, que lavaba para guardarlos en el aparador, se le escapaban de las manos. La lámpara del comedor quemaba su kerosén inútilmente.

Cuando nació su hija, Evangelina no pensó en la herencia. Ella iba a hacer de la niña su juguete, un entretenimiento lujoso en el cual la "broderie" contaba más que la palabra. Dos varones ya habían nacido de ella. Apenas los conocía. Flor de María los depositaba en sus brazos cuando no lloraban, cuando no era preciso adivinar alguna cosa que les estuviese pasando. Perfería contemplarlos dormidos y hallándose acostada. El entretenimiento no les resultaba nuevo porque, hasta días antes de casarse, ella se hacía llevar muñecas a la cama por Flor de María.

La rebeldía de la niña desconcertó a la madre, quien veíala seguir a sus hermanos, acompañarlos en sus juegos violentos, admirarlos. Evangelina se dió cuenta de que esa niña rubia, impaciente a la hora del peinado, no era de su vida.

Fué en esos mismos días cuando el marido una noche, las manos debajo de la nuca, le dijo mientras esperaba que le llegase el sueño:

—Hoy hice una pichincha: compré un canapé lindísimo, de dos asientos, en un remate de la calle Andes...

El marido. Ella lo buscó entre las rosas. El día en que su madre le ordenó con voz de quien sugiere:

—Te vas a casar. Papá no se opone —. Hacía tiempo que los proveedores no agitaban la campanilla, tirando del anillo del portón.

Una semana después, le anunciaron la visita del novio:

—Se quedó afuera, con papá.

Evangelina, ruborizada, los puños apretados a la altura del pecho, el paso corto, las piernas estiradas, corrió hacia el frente de la casa y, escondida entre las plantas, junto a la balaustrada miró. No estaba en el jardín.

—Allí, no — le advirtió Flor de María que habíale seguido con sus cuarenta y cinco años conmovidos por la proximidad de un hombre —: está en la quinta.

Evangelina llegó detrás de la criada, quien le hizo ver, a través de los cristales de colores de la galería, a un señor que aprobaba lo que decía su padre. Ambos estaban contemplando la exuberencia de las hortalizas. Al día siguiente visitaron la quinta las hermanas del novio, que no hablaron con ella. Antes de cumplirse un mes, Evangelina se casó con Marcial González en la capilla del camino Millán. El vestido de novia se lo hicieron en la "maison" de Madame Carrau.

Al llegar a los trece años, no el día del cumpleaños, precisamente, que lo pasó olvidada de sí misma para atender a sus amiguitos, que concurrieron a la fiesta; ni tampoco al día siguiente, cuando después de examinarse supo que nada había cambiado en ella, sino un poco después, ya indiferente a la edad que tenía, acostumbróse a interrumpir los juegos llegada la hora del sol, aun cuando se hallase en la cochera sombría invadida por las aves de corral trepada en la galera que su padre no quiso donar al museo histórico porque, al saber que el vehículo saldría de la quinta, ella entristeció hasta bajar de peso. Interrumpía los juegos a riesgo de malquistarse con las amigas, las cuales ignoraban que Evangelina decíase camino de la casa:

—Me voy a soñar.

Antes había corrido como ninguna otra; había sido más fuerte que muchos varones para ejercitarse en el trapecio saltaba por sobre los alambrados con el apoyo de una sola mano, cruzaba los campos en que pa pañía alguna a pescar en el Miguelete y cían vacas y terneros y hasta iba sin com en el Quitacalzón. Ahora soñaba, tendida en su camita, en el dormitorio a oscuras. Una vez proponíase:

—Soñaré que yo era una princesa embrujada, y después de resistir con los ojos abiertos el acecho del mago de barbas enmarañadas, repugnantes, y de correr, sin una mirada hacia atrás, perseguida por el codicioso, cuando ya fatigada, vencida, caía al suelo y el brujo espolvoreaba su rostro con depacitos de sueño, su propio grito le hacía levantar los párpados. No podía dormirse para un siglo y aguardar la llegada del príncipe salvador. —Soñaré que estoy en Buenos Aires — era el tema de otros anocheceres—. Y andaba entonces por una Avenida de Mayo de casas tan altas como las de París — su padre estaba abonado a "L'Illustration" — de edificios nuevos que ya tenían, sin embargo, el ensueño antiguo de las buhardillas; una Avenida de Mayo hacia la cual las damas, enjoyadas brillantemente, suaves con la ternura de sus boas de pluma, salían bajo las marquesinas de los hoteles. Ella tan pronto iba en victoria, la capota bajada, o contemplaba el tránsito desde un cuarto extraño, sin retratos, o reconocía el valor de los mármoles del "foyer" de la Opera.

La campana que anunciaba la mesa tendida sustraíala en sus ensoñaciones y, poco después, su inapetencia hacía exclamar a la madre:

—¡Ah, esta criatura me va a poner vieja antes de tiempo! — en tanto el padre repetía:

—Habrá que darle aceite de hígado de bacalao.

Ella no dijo nada: fué el propio marido el que decidió no ocupar uno de los asientos del canapé.

Cuando el confidente llegó a la casa sobre las espaldas de un mozo de cuerda, Evangelina quedóse en la salita, aguardándolo. No salió al vestíbulo, como antes había hecho en la mudanza del juego de comedor. Marcial desconcertóse un poco con esa actitud de su esposa y creyó que ésta iba a criticarle su gusto en la misma forma de algunas veces: elogiando el gusto de los otros sin referirse para nada al gusto de él. Mas la censura velada no se produjo. Tampoco hubo ninguna exclamación de contento.

—Póngalo ahí —ordenó Evangelina al mocero, indicándole el centro de la habitación.

Ido el extraño, Marcial dejóse caer en uno de los asientos. Sentía en el rostro la mirada de comprensión generosa, de tolerancia. Apenas dijo:

—Siéntate tú también.

Accedió Evangelina, desganadamente. Quedáronse en silencio, sin un comentario sobre el mueble recién adquirido, sin una noticia referente a los negocios de Marcial, que él daba a su mujer, de vez en cuando, con el mismo tono que ella usaba para encargar a Flor de María las compras que debían hacerse en el mercado; quedáronse sin la confidencia de Marcial, una confidencia de amor para la que no halló palabras.

Marcial levantóse del asiento. Con paso leve, con ojos pesados, salió de la habitación. Ya en el marco de la puerta, al volver la mirada vió que en Evangelina nacía el aire de la mujer a solas con el amante que regresa.

—Tu mujer te engaña.

Nunca lo había sospechado. Evangelina no salía sin ir acompañada. Flor de María era la austeridad de la casa; los niños, la advertencia. La afirmación resultaba absurda. Sin embargo, las mujeres saben ver en la mujer lo que escapa a la observación de los hombres, y las hermanas de Marcial, que no tenían de momias nada más que la piel, vivían mirando.

—Tu mujer te engaña — fué, al principio, una distracción a la hora del desayuno; después, la pérdida de una ocasión de ganancia en los negocios; más tarde, un malestar físico, parecido al que anuncia la gripe. Pretextaba el temor al contagio y con ello intentaba hundirse en las pupilas de Evangelina hacia un secreto. Sus manos buscaban las de la mujer en una estéril comprobación de fiebres. Una mañana dijo:

—Me quedaré acostado. — Y ese día Evangelina lo atendió con una diligencia, con un interés que no había demostrado nunca.

—"Disimula" — pensó Marcial, quien, a la hora del crepúsculo, fatigado de estar en la cama llamó inútilmente a Evangelina. Desde la calle subía una música queda. Marcial iba a dejarse vencer por ella, cuando las voces de sus hermanas, que habían permanecido en él como el recuerdo de una imagen, lo hicieron saltar del lecho. Encontró a Evangelina reclinada en el confidente. Por el balcón entreabierto, la "Serenata" de Schubert entraba con las últimas luces de la tarde.

El balcón no fué abierto más. En el piso del mismo, hollín, pelusas indescifrables, una hoja de periódico, vibraban al agua de la lluvia o agitábanse al viento. Marcial llamó a un cerrajero para que quitara el pestillo. Los cristales, sólo lavados desde el interior, traían más pronto la hora del sueño de Evangelina. La moneda de plata no volvió a caer sobre los adoquines.

La noche empieza en los rincones de la salita. Marcial, que debió ir hasta la Unión para formalizar una venta, no pasó del Hospital Italiano. Evangelina apoya las manos en el raso del confidente. Los niños, en el patio, juegan a una guerra silenciosa, de guardias. Flor de María trastea en el cuarto de la plancha. La escalera de mármol, con su negro infantil, de terracota, en el ángulo del rellano, está a oscuras. Marcial ha subido en un tranvía, de regreso: Montevideo nunca le pareció tan largo. Evangelina encuentra perfiles antiguos, que dormían desde los anocheceres de la quinta, que despiertan ahora entre las rosas rojas de la pared. Flor de María bosteza, con un ademán despeja de cabellos su frente, e interumpida un instante en los quehaceres por sus pensamientos, alza después los hombros y continúa el trabajo. Los niños levantan la voz para trasmitirse órdenes y el acento agudo va a herir al silencio en todos los rincones si un enfermo estuviera cerca. Evangelina de la casa. Flor de María los acalla como aspira su perfume denso, que sube de los encajes, de la carne, de su laxitud. En la calle, uno de los músicos de gorras navales solloza con su violín la "Reverie", de Schumann. En las puertas, muchachas del barrio, empolvadas, contemplan al ejecutante y están seguras de que tiene una novia más allá del mar. Marcial pasa al lado de las jovencitas, sin verlas; no devuelve el saludo del almacenero que aguarda, en la acera, su pedido de Toselli; mira con enemistad a los profesores en descanso, al violinista ensimismado; entra en el zaguán de su casa y sube los escalones como si los fuera contando.

Schumann, el perfume, la sombra. Evangelina no oye el ruido de las bisagras de la puerta. Evangelina, con su vestido de seda y terciopelo blancos; con sus brazos desnudos, la cabellera esponjosa, vaga su mirada por las paredes. La diestra de Evangelina cuelga hacia el lado del otro asiento. El escote descubre el nacimiento del seno. Toda la luz del crepúsculo apenas alcanza a cubrir en parte a Evangelina, que absorbe esa luz, que sólo la vuelca en el espejo.

Marcial está de pie, detrás de su mujer. Fuerza la vista, aun encandilada por el arco voltaico de la esquina. El oído, donde persiste la voz de sus hermanas, nota dos respiraciones distintas: una lenta, acompasada, conocida — la de Evangelina—; otra, masculina, anhelante. El olfato de Marcial distingue el perfume de su mujer y un olor de tabaco.

Marcial sorprende el rostro de Evangelina en el espejo. Evangelina no ha sonreído. La mano de su esposo calienta la empuñadura del revólver. El tiro corta la "Reverie", encienda una pitada de auxilio.

Evangelina ha quedado con la cabeza apoyada en el espaldar del confidente, uno de cuyos asientos no tiene huella alguna. Los niños, retenidos en el patio por Flor de María, no pueden ver que una de las rosas rojas de la pared ahora está sobre el pecho de Evangelina.

SOCIALES



Srta. MARGOT VITUREIRA
(Foto Marchese)



Sra. AMELIA PASTURA DE PARODI y su hijita.



Niño BABY del CASTILLO HUARTE



Srta. ODILA DIEGO
(Foto Marchese)

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

EL AMOR SE TRANSFORMA EN ODIO.



























GLORIA GUZMAN, estrella del género bataclanesco.

CON la estación veraniega aparecen en los teatros montevideanos los espectáculos revisteriles, vistosos y livianos, de ritmo inquieto, con graciosas muchachas en los que el arte, a veces, es lo de menos, compensada la juventud y la vivacidad por lo que falte de disciplina en las evoluciones coreográficas. Ello sea dicho sin dejar de reconocer el mérito de algunas figuras sobresalientes, estrellas del genero como Gloria Guzman, Ofelia Cortesina, María Antinea, y algunas más, que dan prestigio al espectáculo bataclanesco, adecuado a la estación, parte integrante del programa de veraneo.

Las notas de esta página pertenecen al conjunto revisteril al que da rótulo la famosa Gloria Guzman, que desde la semana pasada actúa en el teatro 18 de Julio.



MARIA ANTINEA, "primerísima" vedette.



ANGELICA CORTESINA, primera bailarina.



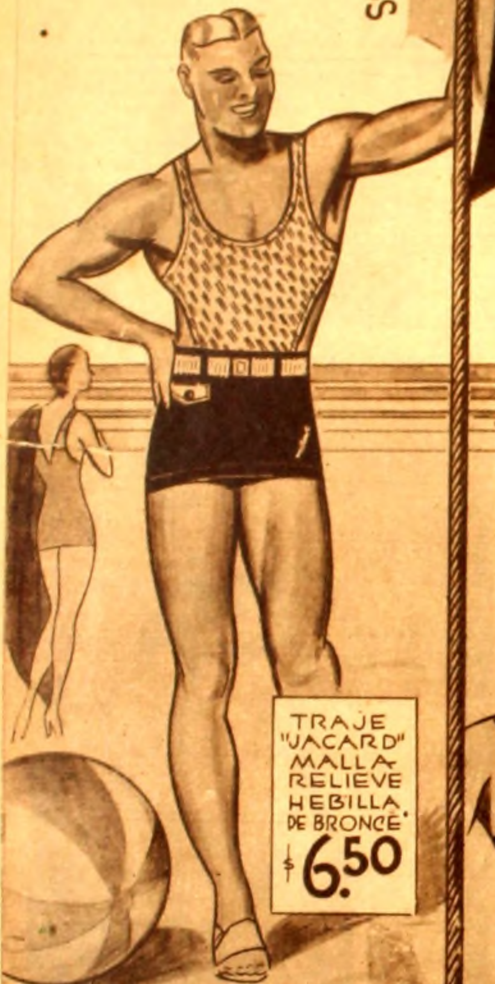
CARMEN VILLALBA, segunda tiple del conjunto.



OFELIA CORTESINA, "vedette" cómica de la compañía.

Casa Soler

SECCION HOMBRES ARTICULOS DE BAÑO PRACTICOS Y CONVENIENTES



MODELOS REGLAMENTARIOS

TRAJE "JACARD" MALLA RELIEVE HEBILLA DE BRONCE $ 6.50



BUZO DE LANA FANTASIA $ 1.50
PANTALON "JACARD" ENVIVADO MALLA RELIEVE $ 4.80



TRAJE "JACARD" CONVERTIBLE CON POLLERIN EN MALLA CANALE $ 4.80

CAMISILLA ALGODON ELASTICA 0.40
PANTALON DE BAÑO REGLAMENTARIO CON CINTURON 2.60



BUZO DE MALLA PIQUET $ 1.10
PANTALON "JACARD" CON POLLERIN Y CINTURON 3.20



TRAJE AMBO DE PLAYA EN TUXOR DE HILO Y SEDA $ 7.50



SOMBRERO "PANAMINA" MUY FRESCO Y LIVIANO $ 1.10



ZAPATOS DE LONA BLANCA Y GOMA REFORZADOS 35 AL 42 $ 1.75



ZAPATOS DE GOMA ENVIVADOS, SUELA "PULLMAN" $ 3.20



JOCKEY "PANAMINA" CON VISERA PROTECTORA $ 0.85



SALIDA EN KASHA DE PURA LANA. TODOS LOS TALLES $ 6.20



BUZO "CANALE" EN MALLA DE SEDA ELASTICA $ 3.50
PANTALON BLANCO Y DE COLOR, EN HILO Y SEDA 4.00



SALIDA EN LANA A BASTONES. BAYADERA $ 9.40



CAMISA SPORT DE SEDA $ 1.95
PANTALON BLANCO EN FUERTE TELA MARINA $ 2.60



SALIDA DE BAÑO EN TEJIDO CUADRILLE 6.80



TRAJE DE BAÑO REGLAMENTARIO. TIPO AMERICANO $ 2.80

En nuestras tres casas

SUCURSAL CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. PIEDAD

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
Esq. M. SOSA

SUCURSAL GOES
Av. Gral. FLORES 2341-47
Esq. M. BERTHELOT